

Charla 8: La extensión de la paz I: Expresando la voluntad de paz

Introducción

Como ya hemos visto, nadie puede dar lo que no tiene. Sin embargo, esto no significa que quien aún no goza de perfecta paz esté impedido de extenderla.

Cuando se desea incrementar en uno mismo —y compartir con otros— un valor que parece faltar, lo que sí puede ofrecerse es la voluntad de alcanzarlo.

Y esta dinámica no solo aplica a la paz: es válida para cualquier virtud o cualidad interior que se aspire a experimentar más plenamente.

La razón profunda de por qué este mecanismo resulta efectivo radica en que lo que creemos poseer o carecer no es la idea en sí, sino nuestra conciencia de ella.

Por ejemplo: quien anhela la paz ya conoce, en algún nivel, lo que es la paz. De otro modo, no podría ni desearla ni nombrarla.

Conocer es una función inherente al Ser. Así, la paz es un contenido que permanece en la conciencia, aunque haya sido temporalmente negado o relegado a la periferia de la atención.

La paz no puede desaparecer, porque es la condición misma del Ser, la base de toda existencia. Lo único que puede ocurrir es que la mente, en uso de su libertad, niegue su reconocimiento.

El verdadero trabajo, entonces, no consiste en alcanzar algo que se carece, sino en cesar de negar lo que siempre ha estado presente.

No es la ausencia real de la paz lo que hay que reparar, sino el acto de negarla.

Así, recuperar la paz implica ante todo un cambio de voluntad: una corrección en la dirección de nuestro deseo, una transformación de la querencia profunda.

Aquí, la voluntad de extender la paz juega un papel crucial.

La mente, como estructura coherente, no puede luchar directamente contra sí misma. No puede, por un acto de imposición, forzarse a amar lo que en su interior todavía resiste.

En lugar de eso, debe emplear estrategias más respetuosas con su dinámica: disociarse de su autoobservación inmediata y aplicar el cambio de voluntad en un ámbito que, aunque percibido como ajeno, en realidad no lo es.

Así, al desear sinceramente la paz para otros —aunque uno mismo crea no poseerla del todo— se activa el reconocimiento de que la paz ya está en uno.

Dar es recibir.

La mente, al querer la paz para los demás, se da permiso para reconocer y disfrutar aquello que, en realidad, nunca perdió.

Este proceso revela una ley fundamental: la extensión genuina no solo beneficia al otro, sino que simultáneamente despierta y fortalece en quien la ofrece la conciencia de su propio ser.

Ofrecer la voluntad de alcanzar una paz que aún no se experimenta plenamente no es un acto ilusorio, sino un camino legítimo y profundamente transformador.

No necesitas esperar a sentirte lleno de paz para extenderla: basta con desearla sinceramente, tanto para ti como para los demás.

Cada vez que eliges querer la paz, aunque creas no tenerla, abres en tu mente el espacio necesario para reconocer que nunca te ha sido negada.

Dar lo que crees que te falta es, en realidad, recordarte a ti mismo quién eres.

Y así, sin forzar nada, la paz comienza a florecer en ti y a extenderse silenciosamente hacia el mundo.

Porque al ofrecer tu voluntad de paz, despiertas en ti la memoria viva de tu ser.

A la paz desde la compasión

El factor motivador fundamental en el camino hacia la paz es la compasión.

No importa si esa compasión se dirige hacia ti mismo o hacia los demás: en ambos casos, surge de una comprensión profunda de la sinrazón del sufrimiento que nace del conflicto.

La verdadera compasión no es un sentimiento sentimental o superficial. Es un gesto lúcido de la mente que ha comenzado a ver las raíces reales del dolor.

Compadecer no es compadecerse de forma pasiva, ni identificarse con el sufrimiento, sino reconocer su origen ilusorio y tender, desde esa comprensión, un puente hacia la sanación.

La compasión auténtica es el modo en que los tres aspectos del Ser —Luz, Amor y Voluntad— se relacionan con el sufrimiento:

- **Desde la Luz**, ves el conflicto tal como es, sin añadirle interpretaciones ni juicios, reconociendo la confusión de la mente que lo produce.
- **Desde el Amor**, extiendes la certeza de la unidad, recordando que quien sufre no está separado de ti ni de la Verdad.
- **Desde la Voluntad**, deseas activamente la sanación, poniendo tu fuerza interior al servicio del reconocimiento de la paz.

La compasión, así entendida, no solo es un camino hacia la paz: es ya una manifestación anticipada de la paz misma. Cada vez que miras el sufrimiento desde la luz de la comprensión, el amor de la unión y la voluntad de sanar, estás regresando silenciosamente al hogar que nunca has perdido.

Un verdadero maestro de paz contempla la realidad con lucidez. Sabe distinguir entre causas y efectos, y no se deja engañar por las apariencias que la forma adopta. Mientras la mente común se pierde reaccionando ante los efectos —las manifestaciones externas del conflicto—, el maestro de paz dirige su atención a las causas, al contenido interno que da lugar a toda expresión.

Entiende que la única realidad que toda situación contiene es una medida de amor: ya sea su presencia o su ausencia. No importa cuán perturbadora sea la forma, ni cuán graves parezcan los efectos: en el fondo, todo acontecimiento revela o bien una expresión de amor, o bien un grito reclamando su retorno.

Por eso, un maestro de paz no se ocupa de combatir las formas del error, ni se enreda en la superficie de los acontecimientos. En cada situación, solo atiende al amor: celebrando su presencia allí donde se manifiesta, o supliendo con su propio ser el amor que falta.

Así, ante un ataque, no responde con ataque. Reconoce que toda agresión es, en realidad, una petición de ayuda: un intento desesperado, aunque inconsciente, de recuperar una conexión perdida. Esta visión profunda le permite ver más allá del comportamiento externo y penetrar en la verdad del ser que sufre.

Un maestro de paz ve en el violento no a un enemigo, sino a alguien que ha olvidado su verdadera naturaleza, que ha perdido momentáneamente el contacto con su paz esencial. No refuerza la ilusión de la separación con juicios o condenas, sino que tiende puentes invisibles de compasión y fortaleza silenciosa, recordándole al otro, aunque sea sin palabras, la verdad de lo que es.

Esta forma de ver y de actuar no solo transforma al maestro de paz: transforma también el mundo que le rodea, pues allí donde uno solo elige la paz, se abren caminos nuevos para todos.

Así, la compasión no solo conduce a la paz: la desvela. Al ver con lucidez, amar sin reservas y actuar con firmeza, el maestro de paz atraviesa la ilusión del conflicto y revela la paz que siempre ha estado presente.

Cómo se extiende la paz

A continuación, una serie de reglas básicas para extender la paz basadas en lo que la paz es, en sus principios.

La canalización de la paz

La paz es la condición natural de la existencia. No es algo que deba fabricarse ni imponerse: es el estado original y profundo de toda mente sana. Por eso, la ausencia de paz señala siempre que algo esencial se ha perdido o desviado. Cuando no hay paz, no es simplemente una circunstancia desafortunada: es un síntoma claro de una disfunción que necesita ser atendida. Algo debe comprenderse, cambiarse o sanarse para recuperar la salud mental que ha sido comprometida.

Un maestro de paz no puede mostrarse indiferente ni pasivo ante el conflicto. El conflicto no es tolerable para quien ha reconocido que la paz es la base de todo ser. Cada perturbación, cada manifestación de sufrimiento, constituye una llamada a restaurar la armonía que se ha roto. Pero la acción que surge del maestro de paz no es una reacción impulsiva ni una intervención dictada por su voluntad personal. Es, más bien, una respuesta nacida de una escucha profunda.

La labor pacificadora no puede preverse ni planearse desde los esquemas habituales de la mente individual. Para actuar en favor de la paz, el maestro debe abrirse a una fuente de guía que trasciende su pequeño yo: una sabiduría transpersonal que brota de la paz misma. Su tarea consiste en mantenerse receptivo a esa intuición interior, confiando en que, si no interfiere con sus propias ideas o intereses, la acción adecuada surgirá por sí sola.

Los verdaderos maestros de paz son canales a través de los cuales la paz se manifiesta en el mundo. No son los autores de la sanación que infunde la paz; no reclaman para sí el mérito de lo

que sucede. Su única maestría reside en su disposición a no estorbar, en su humildad para reconocer que algo infinitamente más grande que ellos se expresa a través de su ser cuando dejan de lado toda pretensión personal.

El carácter real de la paz le confiere a la paz una entidad propia. Los maestros de paz simplemente están a su servicio.

La supremacía de la paz

La naturaleza verdadera de la paz la convierte en un principio incuestionable. No es una preferencia entre otras, ni una opción entre alternativas posibles: es el bien supremo que toda mente en su estado sano reconoce sin necesidad de justificación.

Por eso, para un maestro de paz no hay prioridad más alta ni causa más digna. Todo talento, toda capacidad, toda fuerza interior se ponen al servicio de la paz. Nada puede estar por encima de ella. No porque lo imponga una disciplina externa, sino porque la paz misma, cuando se reconoce, establece su primacía de manera natural y evidente.

Quien trabaja en favor de la paz debe comprender esta verdad profundamente: no hay tarea más urgente, ni meta más elevada. Servir a la paz es servir a la vida, a la verdad y al amor en su forma más pura porque es el servicio a la Existencia misma.

Extendiendo la paz desde el amor, la unión y la fortaleza

Quien extiende la paz debe hacerlo de forma coherente con su naturaleza. La paz no puede inspirar miedo ni provocar ira; es, en esencia, una fuerza amorosa. Por tanto, el maestro de paz no recurre jamás a la amenaza ni a la imposición, sino que actúa desde una presencia que invita, acoge y sana.

La paz tampoco puede establecerse en la separación. Allí donde hay división, resentimiento o exclusión, la paz no puede florecer. El maestro de paz trabaja para unir, para recordar la verdad compartida que sostiene a todos los seres más allá de sus diferencias aparentes.

La paz no es debilidad. Es una expresión del poder más profundo que existe: el poder de la verdad, del amor y de la vida. Quien extiende la paz actúa con una firmeza serena que no necesita imponerse, porque su sola presencia revela la fortaleza de lo que es auténtico y real.

La actitud del maestro de paz: inocencia, humildad, generosidad y perdón

Para extender la paz, el maestro de paz debe adoptar la mirada de la inocencia, tanto hacia sí mismo como hacia lo que contempla. Al haberse reconocido a sí mismo como inocente, le resulta natural ver esa misma inocencia esencial en los demás. Por eso, no juzga, no acusa, no ve culpables. Sabe que el juicio solo refuerza la separación y el sufrimiento, mientras que la visión de la inocencia recuerda a todos su verdad más allá de los errores cometidos.

El maestro de paz es humilde. No se presenta como un salvador ni como alguien superior, sino como un servidor de una verdad que le trasciende. Su presencia no impone: inspira.

También actúa y gestiona sus propuestas desde la generosidad. No espera recibir nada a cambio de su entrega, y considera inconcebible que alcanzar la paz exija que alguien pierda. Extiende la paz como quien comparte un bien ilimitado, sin cálculo ni expectativas.

Por último, el maestro de paz lo perdona todo. No busca castigar ni corregir por la fuerza. Reconoce que todo error es un olvido temporal de la verdad, y responde a ese olvido con la corrección serena, sin otorgarle más realidad de la que merece. Así, en cada encuentro, siembra la posibilidad real de un nuevo comienzo.

La callada elocuencia de la paz

El maestro de paz extiende la paz con sobriedad y eficacia. No necesita hacer ruido ni llamar la atención: su acción es discreta, pero firme.

La paz que transmite no nace del pasado ni se proyecta hacia un futuro idealizado. Se encarna en el presente, único lugar donde lo real acontece.

Confía en lo que hace porque confía en lo que representa. No actúa con reservas ni duda de la validez de su propósito. Su confianza no es ingenua, sino fruto de haber visto que la paz es la condición sana y natural de todo lo que existe.

No limita su labor a ciertos contextos; siempre ofrece paz porque la paz es el lugar en el que vive y la luz con la que ve.

Sabe que la paz no es selectiva ni condicional: debe expresarse en todo lugar y bajo cualquier circunstancia. Por eso, su propuesta de paz no es la excepción, es la norma.

Además, la paz que extiende no es pasiva ni neutral. Es una fuerza creativa que abre posibilidades luminosas donde antes solo había un oscuro conflicto repetitivo. No responde desde lo conocido, sino desde lo posible.

Así actúa el maestro de paz: sin alardes ni exigencias, pero con la certeza de que cada acto en favor de la paz sana una vieja herida y deja una huella que perdura.

Los maestros de paz, promotores de lo esencial

Los maestros de paz no solo transmiten una enseñanza: encarnan una visión.

Saben que la paz es la base de toda vida verdadera, por eso la promueven allí donde la vida parece haberse corrompido o fragmentado.

Sanan las relaciones en las que intervienen, y ofrecen la paz como la medicina básica allí donde la mente ha enfermado de hostilidad y confusión.

Saben también que la paz es el único camino que conduce a todo lo que verdaderamente merece la pena, por eso la proponen como dirección, no como un destino lejano.

Así, quienes han comprendido el valor esencial de la paz se convierten en promotores silenciosos pero constantes de una transformación profunda: una transformación que comienza dentro y se extiende a todo lo que hacen.

Un solo maestro de paz basta para recordar al mundo que es posible modo de vida mejor.